

Alabanza del olivmar

NUMERO EXTRAORDINARIO

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 10 DE 1953.



DEDICADO A CONMEMORAR EL CENTENARIO DE LA
FUNDACION DEL "PUEBLO" DE LOS TREINTA Y TRES"

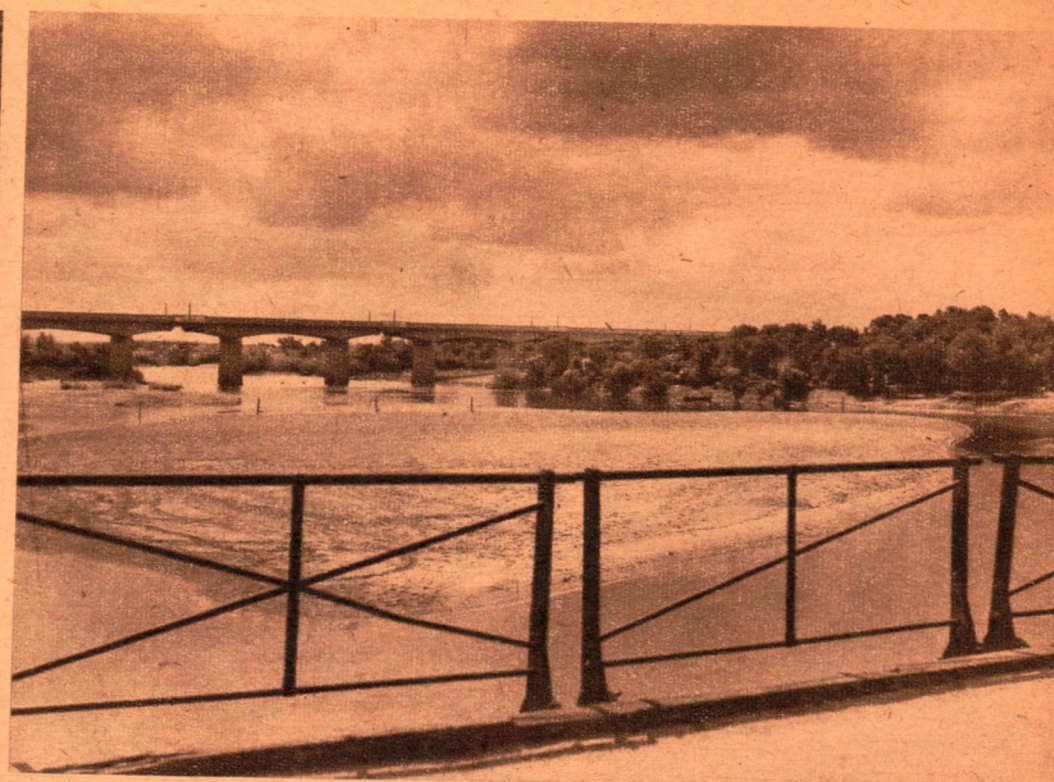
LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS.

Paisaje serrano, abrupto y magnifico por su belleza salvaje, con vegetación impetuosa y arboleda frondosa que cubre totalmente la roca, y cerros cortados casi verticalmente sobre el arroyo Yermal Chico que lo cruza en continuos rápidos.

(Fotografía Juan Ceruso)



El sol de mediodía abrasa el paisaje con su fuego. El río se desliza apenas. Y los grandes árboles dibujan manchas de frescura en la piel caliente de la tierra.



Un cielo amenazante y plomizo, cigarras que guitarrear en el monte ardiente, arenales de oro, corriente que divaga. Y en medio de este escenario, el diálogo entre el puente de la guardia vieja y el de la arrogancia nueva.

saltando como un mojado pájaro de roca en roca, puliendo guijarros agudos, estreñiendo raíces amargas, labrando las ajadas mejillas del planeta.

Sus nacientes discurren entre barrancos y despeñaderos. El agua del curso superior no puede reflejar el vuelo del cuervo que cruza allá arriba como un hollín del cielo porque su masa es nerviosa, convulsa, agónica. El río niño lucha y se crispa, padece y clama. Pero avanza, sorteando los obstáculos, salva las hondonadas y después de zigzaguear, forcejear y bullir a lo largo de sesenta kilómetros encuentra terrenos más propicios y cuencas más acogedoras. Ya no son la roca agresiva y la garganta que resuella: un paisaje de colinas mórvidas y empastadas acoge al hijo de los manantiales y le da la sangre de las lluvias. La piedra ribereña se convierte en grama; la zarza, en leño; la mata de helechos, en árbol generoso. Corre ya el río con menos violencia aunque el declive topográfico lo lleva en andas, con prisa entusiasta, hacia los demorados llanos del oriente. Este es el curso medio del Olimar, que a través de setenta kilómetros atempera el júbilo de las vertientes y prepara a las aguas para la taciturna edad de la confluencia. Porque desde aquí en adelante el río cambia el ministerio de la pujanza por los claustros de la melancolía. La llanura lo toma en su abrazo dilatado, lo acuesta de confin a confin, lo nivela con apática inclemencia. El culantrillo tierno quedó lejos; lejos también quedaron los coronillas minerales, los virarós sedentes, las tacuaras zumbadoras, los laureles paisajistas. Ahora se yergue triunfal la totora, se oy el bisbeo de la víbora, aletean los aéreos lanceros del pantano. Ahora la garza se adormece sobre su percha bermellón y las nubes se trenzan y destrenzan en el espejo de los bañados. Todo es lento, pausado, caviloso. Grita el chajá y su grito rueda enhebrando las horas quietas. Luce el sol y las siestas tienden una sabana de fuego sobre el húmedo cuerpo de los tem-

ALABANZA



La vegetación levanta su verde sirfonia sobre los barrancos. Y sumergidos en las

TODAVIA los dioses indios navegan por sus aguas. Cuando el escudo de la luna llena brilla y los cañaverales se hincan en el viento, una procesión de divinidades emplumadas, tripulando carcos de timbó y empuñando remos de música, atraviesa la corriente del Olimar.

Pero sólo advierten esto los que tienen ojos para el milagro y oídos para el corazón de la naturaleza; sólo penetran el secreto de sus noches y el encanto de sus días los que aman las calandrias y acarian las madre selvas, los humildes que conversan con el lucero del alba y lloran con las lágrimas del rocío; sólo comprenden su hermosura los que viven heridos por el suplicio de las pasifloras, por la muerte de los grillos, por el drama mínimo de las efímeras.

Hoy los hombres ignoran que los ríos son dioses. Porque se olvidaron de ver, de oír, de interrogar a las fuerzas puras del aire, a los espíritus amables de las aguas, a las salamandras crepitantes del fuego, a los gerios profundos de la tierra. Porque creen que el rumor de los motores es el himno a la gloria de la civilización cuando en verdad el alma no necesita otra mecánica que la de su gracia para conquistar el

universo y la intimidad moral del hombre.

Por eso es bueno, para retornar a la edénica inocencia del ser, para aprender de nuevo a admirarse, ir a las orillas del río Olimar, pedirle su fragante mensaje de sabiduría, a recibir su perpetua lección de belleza.

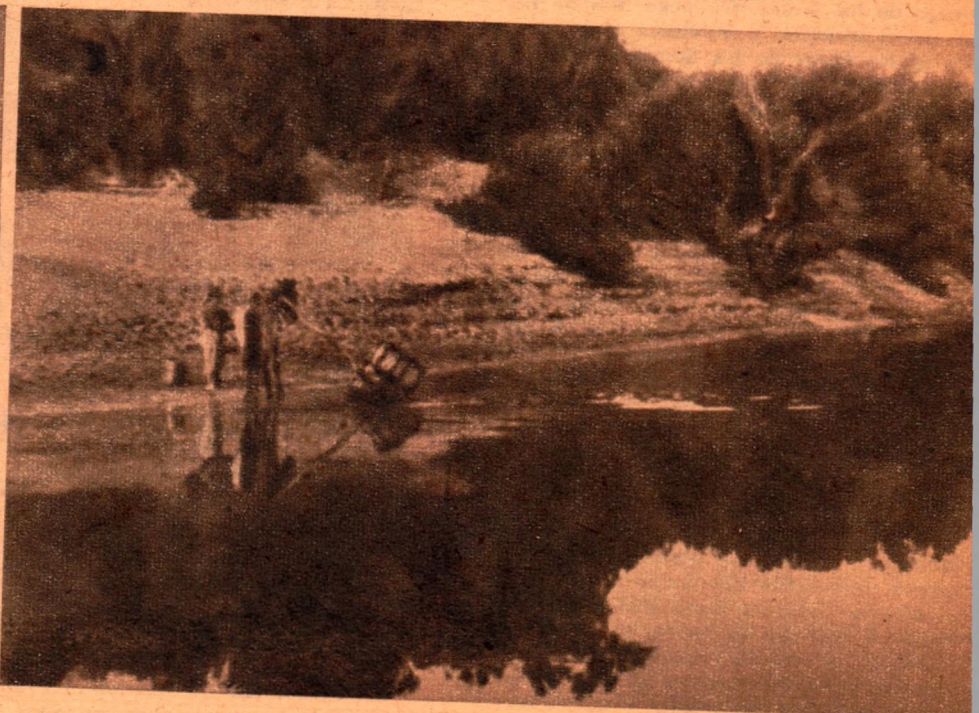
Es el Olimar un río americano. Y decir esto es jerarquizar desde el caos al orden, desde la selva al puente, desde las potencias desencadenadas al soplo del espíritu. Pero sin llegar al sexto día de la creación. Los ríos americanos están aún en el tercer. Son fuerza, son pasión, son esplendor salvaje, son juventud del mundo.

No busquemos en el Olimar otra cosa que su primitivismo, que su salud cósmica, que su misterio fluvial. El río Olimar no corre, como los ríos del viejo continente cercado por vegas donde el humus milenario de la civilización sustenta teorías de ciudad o primorosos huertos de aldeas. No lo navegan los barcos a vapor. No mancillan los detritus de las fábricas. No lo cautivan los canales. Sólo en su desembocadura despiertan las albricias del arroz, pero no para negarlo, sino confirmando su ejemplar magisterio.

Viene el Olimar desde las altas sierras,



Parador en La Charquada.

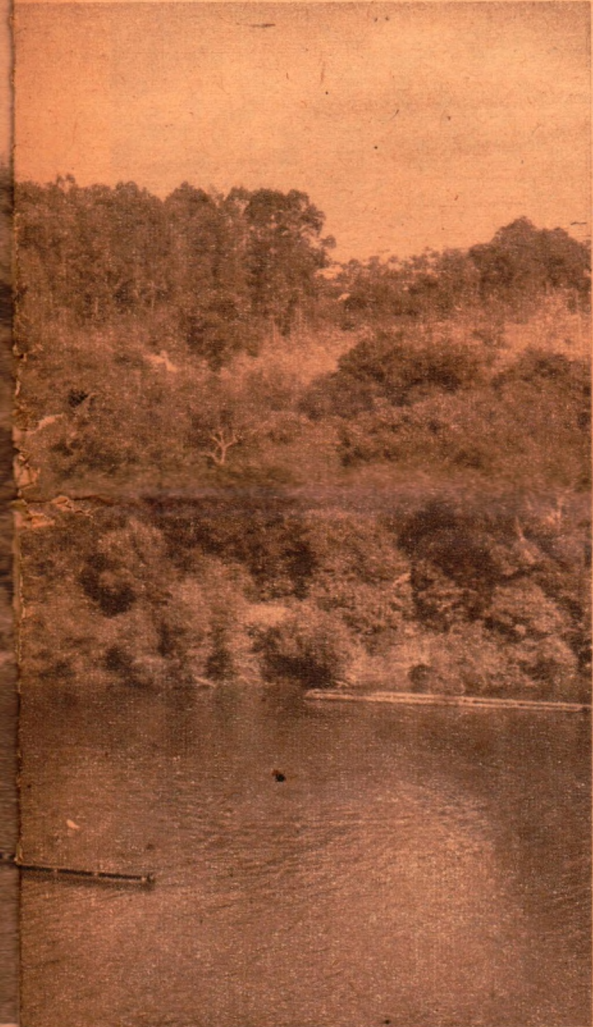


Aguatero en el Cebollizí.



Paseo de la Laguna, en el Olimar.

DEL OLIMAR



aguas mansas del Olimar los bañistas buscan un fresco refugio contra los ardores del estío.

bladerales. Crece la roche y sus estrellas corameras estaquean la piel empapada de los esteros. Apuntan las barras del día y sus lingotes caen sin ruido, sin redobles de pájaros, sin desperezos de flores, en los embalses putrefactos donde el fangal suspira.

Unicamente el hombre ha sabido convertir los pantanos en sementeras, repitiendo una vez más la parábola rodoniana.

Pero a lo largo de los tres actos de esta tragedia natural; qué espontaneidad creadora, qué lenguaje elocuente, qué dignidad expresiva!

Un río nace, crece y muere. En su alrededor brilla la gema planetaria de un departamento mediterráneo y conmovido. Todo Treinta y Tres asiste a la pasión y transfiguración de su río. Toda una historia de hombres duros y mujeres dulces se asoma en sus remansos. Estancias y pericones, patriadas y rodeos, contrabandos y pronunciamientos, caen en sus remolinos. se enredan en sus lianas ribereñas, se encienden en las flores del ceibo que lo azuzan con su alarido rojo y en el clarín de las campánulas que lo incitan con su diana celeste.

El Olimar fué cuna de varones sin miedo y de toros sin marca. Su centella de aguas azota el espinazo arisco de un mundo provinciano y emprendedor a un tiempo, estimula la inquietud de muchachas audaces que ya no sueñan con la laguna de las Lavanderas sino con la conquista de la lejana ciudad tentacular.

Río antiguo, río nuevo, río eterno: que tu canto marcial y tu serenidad meditativa se transmita al corazón de las poblaciones que en ti se miran. Que tu parábola geográfica sea ejemplo para los hombres que buscan su destino. Que tus galopantes melodías serranas, que tus nostalgias indianas, que tu ternura colonial, que tu heroísmo patricio, que tu cólera insurgente, sean estrellas del cielo de Treinta y Tres, polvos de los caminos de Treinta y Tres, techo de los hogares de Treinta y Tres, sombra



Desde las frondas del parque profundo y oloroso se ven resplandecer las aguas del río paterno.

de los árboles de Treinta y Tres, símbolo de las virtudes de Treinta y Tres.

Yo, que nací junto al río Uruguay, desde el oeste de la patria te saludo, porque tú me adoptaste un día para brindarme la sal de tu hermosura, el vino de tu amistad el pan de tu gracia hospitalaria, el cántaro samaritano de tu ciudad que da de beber al sediento. Pero mi sed por ti no se ha colmado: Volveré siempre a tu solar relampagueante, a tu cosmovisión emotiva, a tus gentes que viven sin prisa porque saben sonreír, amar y esperar, a tus arenales de oro, a tus mariposas de niebla, a tus florestas bíblicas, a tus esteros fecundados, a tus leyendas y a tus realidades.

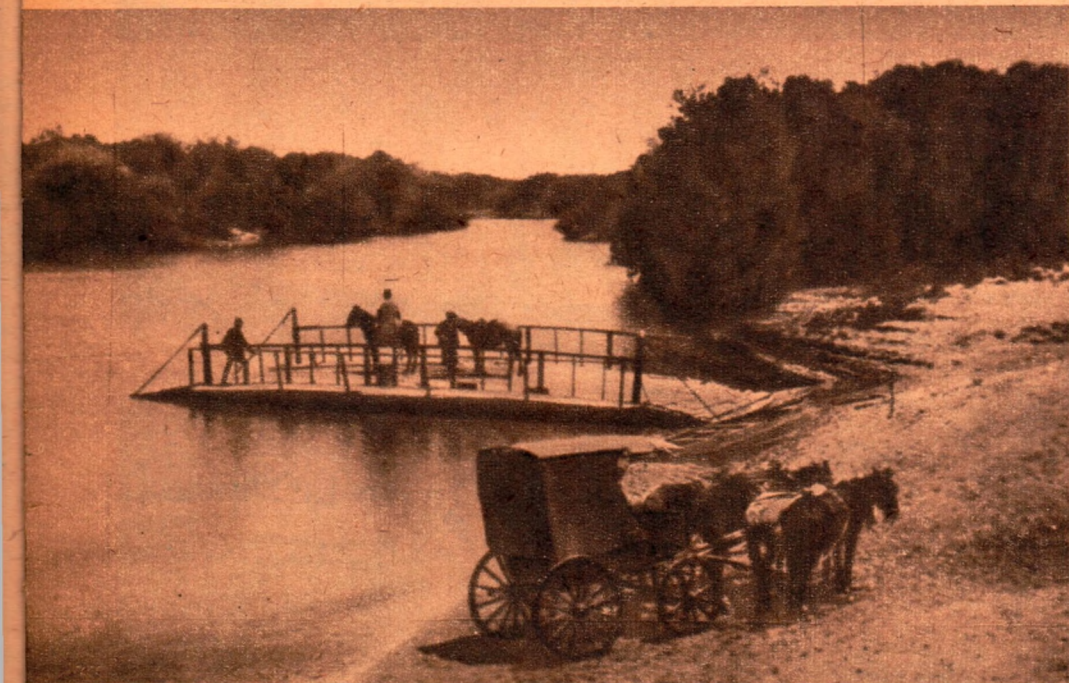
Hijo de las sierras, hermano de los hombres, padre de los cultivos: del cielo vienes y no llegas a la mar. Eres todo nuestro, criollo de la raíz al copete, del tuétano a la uña, del ayer al siempre. Por eso voy desando caminos viejos, beso tus orillas, elogio tu aventura, exalto tus prodigios, y me voy aguas abajo, cantando contigo, al encuentro del sol que se alza sobre las lagunas.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



No siempre el Olimar es plácido y sonriente. Cuando su caudal aumenta con las lluvias invernales arrambla todo a su paso. En el año 1950 subió 8 metros 30 sobre su nivel normal.



Paseo del Dragón.



Balsa sobre el Tacuari.